

**Primero estaba el mar**  
TOMÁS GONZÁLEZ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © TOMÁS GONZÁLEZ, 1983

Primera edición: 2024

Imagen de portada  
Paisaje marino

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2024  
América, 109  
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo  
28014, Madrid, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Formación  
GRAFIME

Impresión  
LIBERDÚPLEX

ISBN: 978-84-10249-13-4  
Depósito legal: M-13351-2024

Impreso en España

Primero estaba el mar. Todo estaba oscuro. No había sol, ni luna, ni gente, ni animales, ni plantas. El mar estaba en todas partes.

El mar era la madre. La madre no era gente, ni nada, ni cosa alguna. Ella era el espíritu de lo que iba a venir y ella era pensamiento y memoria.

COSMOLOGÍA KOGUI

El equipaje iba arriba, en el techo del bus. Eran dos maletas de cuero con la ropa de ambos, un baúl cuadrado con los libros de él y la máquina de coser de ella. Todo viajaba entre racimos de plátano, bultos de arroz, paquetes grandes con panelas —envueltos en hojas secas de plátano— y otras maletas.

Elena y J. iban para el mar.

Pararon en pueblos polvorientos. Elena y J. se bajaban del bus, entumecidos, e iban a tomar café en establecimientos que olían a orinal; individuos ventrudos se sentaban allí a inundar sus infinitas tripas con el color dorado de la cerveza. Pararon en estaciones de servicio desapacibles y sucias en cuyos rincones había filtros desechados y latas de aceite vacías. El bus echaba gasolina y tomaba la carretera de nuevo. Durante el día recogía gente que entraba cargando gallinas aturdidas; por la noche, individuos manivacios se subían en sitios despoblados y oscuros, y se bajaban, veinte o treinta kilómetros más allá, en sitios también despoblados y oscuros. Eran silenciosos, llevaban machete en la cintura y un sombrero sucio y viejo en la cabeza.

Cuando el bus llegó al puerto, el mar no apareció magnífico y azul. Aquel era un puerto sobre una bahía que más parecía un canal, y aquel canal era sucio, medía tres kilómetros y desembocaba en el mar. A las cuatro de la

tarde el bus entró a la plaza. No se veía el agua por ninguna parte, aunque se sentía el olor del salitre mezclado con el hedor de aguas negras. En el centro de la plaza había unos almendros grandes, sobrevolados por miríadas de golondrinas. Alrededor de los árboles, sentada en los espaldares de las bancas, había gente conversando. Las bancas eran de granito y parecían erosionadas por debajo. En los quioscos, bajo los árboles, se vendían jugos de frutas; papayas abiertas, rodeadas de moscas, mostraban vientres repletos de semillas; frascos grandes contenían la carne de los mangos partida en cubitos, lista para ser puesta en las licuadoras.

Rodeando el marco central de la plaza estaban los *jeeps*. Los había nuevos, pero en su mayoría eran harapientos Willys a medio comer por el salitre, así como desvencijados GAZ o Carpati. Los nuevos tenían cabinas metálicas y podían ostentar ventiladores de aspas plásticas, rojas o azules, sobre el tablero; los otros llevaban un santo sucio y descolorido al lado del timón y, encima de todo, una carpa remendada y también descolorida.

Las calles del parque, polvorientas ahora, se pondrían pantanosas cuando llegaran las lluvias. Había mucho tráfico: vehículos agobiados de bultos entraban a la plaza, *jeeps* arracimados de gente salían de la plaza. Entraban buses pintados de colores intensos que llevaban en el techo manotadas de gallinas vivas, multicolores baúles de lata y racimos de plátano.

Las edificaciones de la plaza, en su mayoría graneros y cantinas, eran cuadradas, de cemento y ladrillo, con techos de tejas de zinc o de fibrocemento. Carecían por completo de gracia y de adornos, y tenían las paredes sucias. La gente que hormigueaba en la plaza era fea. Los

blancos, comerciantes barrigones y lenguaraces, mostraban un tono amarillento en la piel; a los negros, criados lejos de las playas donde el pescado era asequible, se les comenzaba a podrir la dentadura precozmente.

—Encargate de la bajada de las cosas mientras miro cómo es la movida de la lancha —dijo él.

—Listo —dijo Elena—. ¡Pilas con lo de nosotros, hermano! —le gritó al ayudante.

La máquina de coser, único mueble que conservaba de su primer matrimonio, había viajado casi veinte horas en el techo del bus. La caja de madera que contenía el mecanismo estaba protegida por cartones asegurados con cinta adhesiva y piola; las patas y el pedal venían desnudos.

Todo se fue a tierra sordamente.

Al principio, Elena insultó al ayudante de manera atropellada y confusa; luego empezó a insultarlo con calma, colocando las palabrotas con suavidad venenosa.

—Fue sin culpa, señó —dijo el ayudante, sin más.

J. salió del parque y se internó por calles polvorientas. Caminó algunas cuadras, las casas de material desaparecieron y ahora se veían construcciones de madera montadas sobre pilares cortos, bajo los que había cerdos, niños y gallinas. Llegó al muelle. Allí estaba el agua. Sin embargo, era agua quieta, a no ser por una lenta ondulación aceitosa. No había ni una sola gaviota, ni un solo alcatraz, ni nada que recordara el mar. Amarradas a muelles pequeños de madera, a la vez carcomidos e hidrópicos, verdes de lama en las franjas directamente tocadas por el agua, inflados por la humedad en las partes que cubría la marea alta, retostados y astillados por el sol en las plataformas, estaban las lanchas. Eran largas y estrechas, estaban pintadas con colores vivos —o que alguna vez lo fueron— y se veían agobiadas por motores grandes fuera de borda. En algunas, negros vestidos con sólo un bluyín recortado se ocupaban del intestino de sus motores, con expresión de infinita importancia en la cara, mientras sudaban copiosamente.

—¿Usted es el dueño de la lancha? —preguntó J. a uno de ellos.

—Es mía, pero está rota —dijo el negro sin levantar la cabeza.

—¿Con quién podemos hablar para que nos lleve a Severá?

El otro no contestó inmediatamente, sino que continuó manipulando la panza del motor.

—¿Cuántos son? —preguntó al fin.

—Dos.

—¿Cuánto equipaje llevan?

—Un baúl pesado, dos maletas y una máquina de coser —dijo J.

Otros tres lancheros se acercaron.

—¿Para dónde van?

—Para una finca.

—¿Cuánto equipaje llevan?

—Un baúl y otras vainas —dijo J. con desgano. Sabía que ya habían oído la conversación con el del motor.

Cuando otro lanchero vino y preguntó que cuántos eran, J. comenzó a exasperarse. Entonces el de la lancha rota trepó con agilidad al muelle y se acercó.

—Julito los lleva —dijo.

—¡Julito! —exclamaron los otros.

—Vamos —dijo con sequedad el del motor.

J. lo miró caminar, adelante, por entre las calles polvorientas. Después de tres cuadras salieron a la plaza de mercado, que era una edificación grande, con techos de tejas de fibrocemento. A un lado de la plaza había un camión cargando pescado seco; el chofer, recostado contra una pared, miraba el proceso con displicencia. Los vidrios del camión llevaban calcomanías multicolores de mujeres en vestido de baño, con sombreros texanos.

—¿Cuánto nos puede valer el expreso? —preguntó J. mientras se internaban en la plaza de mercado, caminando ahora sobre tablas tendidas en el suelo.

A ambos lados del corredor de tablas estaban los puestos de grano. A cada momento, J. debía salirse del

estrecho camino para darles paso a los hombres que, sobre una bayetilla roja, llevaban bultos al hombro.

—Depende.

—¿Depende de qué? —preguntó J.

—De Julito —dijo el negro.

Después de pasar por los puestos de grano llegaron a las fritanguerías. Mujeres grandes y sudorosas dejaban caer gruesos troncos de pescado a pailas descomunales. El pescado ya frito era colocado en bandejas de madera, que servían también de mostrador. Allí las postas empezaban a enfriarse, tomando cierto aspecto mineral, mientras anchos medallones de plátano frito les caían al lado. J. tenía hambre y pensó en la comilona de pescado y patacón que se darían después de arreglar lo de la lancha.

Finalmente, ya casi al terminarse las fritanguerías, vio cómo el negro se metía en uno de los puestos. Cuando llegó, lo vio sentado al fondo. Al frente, una gorda de apariencia malgeniada cortaba con un cuchillo enorme la punta de unos plátanos verdes. El lancharo conversaba con un individuo pequeño, también negro, en una de las mesas que servían de comedor. En total había cinco mesas largas, rodeadas por bancas también largas, todo pintado de verde claro. Además del lancharo y del hombre pequeño —Julito, seguramente— no había más cliente que un anciano tomándose un caldo de papa con menudencias.

Era Julito, porque J. llegó a la mesa y el individuo aquel se levantó con mucha solemnidad:

—Julio Alberto Gutiérrez —dijo, extendiéndole la mano—, un servidor y amigo.

Era menudo y fibroso, de unos cuarenta años y ojos claros. Cuando pidió una copa a la gorda, J. dedujo, por el

tono, que era dueño del puesto y posiblemente esposo o concubino de la mujer. Le ofreció un aguardiente monstruoso, que J. aceptó.

—Me decía el compae Jesús que ustedes necesitaban un expreso —dijo.

—Permiso señores —dijo el compae Jesús, retirándose. Al salir, preguntó a la mujer sobre la salud de un familiar y ella contestó que seguía igual. «Malo, malo», dijo el compae Jesús.

—Vamos para una finca en Severá —dijo J.

—¿Y cuántos son?

J. dijo que dos y mencionó el baúl, las maletas y la máquina.

—Salud —dijo entonces Julito, bebiéndose su copada de aguardiente.

J. se tomó la mitad de la suya.

Julito estaba borracho. Con mucho orgullo y muchas palabras le hizo saber que tenía tres lanchas y que el puesto de fritanga era suyo; que además de la gorda —ahora dedicada a aplastar troncos de plátano con una piedra— tenía otras tres mujeres; que estaba borracho, pero era un caballero, y que J. era asimismo un caballero. Volvió a llenar las copas sin esperar a que J. se tomara lo que le había quedado del anterior brindis. Alzó su enorme trago, dijo «¡Salud!» y se lo bebió completo. Entonces volvió a contar su vida: aseguró que seis años atrás no tenía un peso y vivía en un moridero, mientras ahora tenía tres lanchas, casa, cuatro mujeres y puesto de fritanga.

—¿Y cuánto puede valernos el expreso? —preguntó J., en guardia cuando sintió que Julito comenzaba a repetirse.

—¿Para salir cuándo?

—Para antier.

—Ya hoy no podemos salir, está tarde. Si quiere salimos mañana temprano.

—Listo —dijo J.

Inicialmente pidió trescientos pesos. Después de un corto regateo, J. logró que lo hiciera por doscientos cincuenta. Acordaron la hora y se tomaron otro trago. Cuando J. se despidió, Julito se levantó tambaleante y lo abrazó.